

Volver al agua

Verónica Bujeiro

VISITÉ MARIENBAD LLAMADA POR la mera sugestión de la palabra, sin saber bien a bien qué me llevó a convertirla en destino. Podría confesar aquí que fue el título de una película. En un primer momento hay que abrir los oídos hacia las historias de parajes lejanos, lo suficiente como para que alcancen la superficie del deseo. Una vez inoculada esa región imprecisa, habrá que emprender el camino y olvidarnos de todo lo que hemos escuchado para arribar sin expectativas, dejarse tentar por lo desconocido, abandonarse en el camino.

Habrà que comprobar ahora si el cuerpo, desorientado en espacio y tiempo, será capaz de llevarlo a la práctica, pero la partida se finca con esa teoría en mente. Un boleto de tren y una reservación de hotel asientan la realidad en el punto de llegada. Perenne fantasía del “usted está aquí”.

No hay que mentir, una expectativa se conserva. Un llamado “escenario de visita”, que en este caso es el verdadero *set* en donde se llevó a cabo aquella película. Demasiado pronto se me informa que del sitio sólo se ocupó el nombre, pues en realidad el filme se rodó en parajes ubicados en Hamburgo. A cambio de semejante decepción se me ofrece el atractivo de una fuente que canta.

Sobre los pasos emerge la sombra de la duda.

En territorio ajeno se aprende que la noche no implica lo mismo en todas partes. Algunos lugares se mimetizan con las costumbres de las aves y



aprovechan la falta de sol para volver al nido. El deshabitado horizonte de las calles corrobora el hábito local, pero el hambre palpita e impulsa los pasos a reconocer el terreno para sustentar aquella necesidad básica. El que viaja siempre tiene hambre y no sólo de emociones. Fiel sentimiento de compañía a donde quiera que se sufra el proceso de extranjería. Pero el vacío de esas calles comienza a resignar la posibilidad de satisfacción elemental, hasta que unas siluetas tambaleantes comienzan a emerger en la oscuridad.

Un primer alivio recorre el cuerpo al no estar solo, el segundo es reconocerse entre esos otros como parte de una especie que claramente no pertenece ahí. Pero tras el incipiente consuelo, ahora me invade un sentimiento de lo más extraño, pues esos otros rápidamente entablan una mayoría desconcertante. Me veo rodeada de bastones, pasos irregulares y suficientes cabezas blancas como para invocar al cliché de un cano capaz de “iluminar la oscuridad”. Esa noche en Marienbad me descubro como la persona más joven que transita por todo el sitio.

Recuerdo otra película, pero no el título.

La historia contaba cómo los más viejos acudían a cierto lugar para que una fuerza extraterrestre los convirtiera en jóvenes. Imágenes distantes del *film* invocan agua y júbilo. Postal idónea para Marienbad, cuyo mayor atractivo son las aguas curativas. La posibilidad del milagro es lo que seguramente atrae al turismo de edad avanzada, pero mi primera impresión rehúsa a concentrarse en esa lógica y prefiere guardarse en el apartado del sobresalto. Después de todo, la emoción también exige su cuota de alimentación diaria.

Ubicados los primeros pasos sobre el terreno, el cuerpo del que viaja ha abierto sus sentidos hacia sen-



saciones olvidadas. El silencio aparece como novedad y fomenta un sueño tranquilo, pese a la inquietud que provoca la potencial novedad que aguarda tras la puerta al siguiente día.

No sólo los humanos relacionan la luz a la obligación. Los pájaros cantan anunciando el inicio para su jornada. Así los pasos del viajero ya se alistan para emprender de nuevo la ruta a la que se han sometido, acaso por placer, acaso por una razón que no se puede señalar en específico. Para semejante empresa es recomendable ignorar las sugerencias de otros, de lo contrario se puede terminar desperdiciando la ocasión de aventura frente a un festival folklórico bávaro.

La luz ayuda a ubicarse, pero también a corroborar ciertas visones ya impresas en la retina por las tarjetas postales. Quien viaja siempre se engaña, y auxiliado por la turbación que provocan aquellas imágenes en vivo pretende reconocerlas como propias en su imaginación.

En Marienbad es imposible no rendirse al placer de la vista. Arquitectura y naturaleza compiten por superioridad. Aunque a diferencia de tantos destinos llamados turísticos, éste ostenta con elogio la belleza de aquello que decae por el inevitable paso del tiempo.

Reconozco que la película que me trajo hasta acá tuvo razón en incluirla en su título. Como ocurría dentro de la trama, Marienbad parece vivir en un tiempo perdido. Aunque más allá de encontrarse dentro de un espacio fantástico, está anclada en ese tiempo enrarecido que es el presente. Testigo efímero y permanente de lo que es y nunca volverá a ser.

Para el observador inadvertido, el turismo de la tercera edad únicamente guarda relación con la oferta de salud del sitio, pero quien mire más de cerca podrá constatar que son pocos los que en realidad beben el agua. Más bien parecería que la localidad ha establecido un pacto con sus particulares viajeros. Una secreta empatía que jugará como complemento a su paisaje, pues tanto ellos como los edificios viven fincados en glorias pasadas que sin embargo persisten. En esta unión se constata otra morada para la belleza.

Quizás lo más curativo de Marienbad no sea el agua, sino la calidad del aire. Todos caminamos, inhalamos y exhalamos alrededor de la efigie de Goethe, el placer de Kafka, la memoria de Freud, la inspiración de Chopin, la cordura de Nietzsche y otros tantos visitantes ilustres. Todos tuvieron una razón para elegir como destino Marienbad. Si bien la mía ha dejado de preocuparme, sé que a todos convoca alcanzar la plenitud que yace tras la palabra “retiro”.

Sumergida en el agua de Marienbad, el “retiro” me desdobra su verdadero sentido. Constato que tras el conjuro de su sonido se encuentra el reposo, pero también la despedida. Quien viene aquí sabe que es el lugar idóneo para desprenderse de algo. Acaso de un mal o de ese padecimiento crónico que es la vida. Las piedras y los ornamentos también lo saben. La música de la elegía ya los llama.

Por la noche, en el café Ópera, las parejas de ancianos bailan amorosamente al compás de una banda que entona melodías de nostalgia. No se saben mirados, ni por quien pasa, ni por el tiempo, pero la pasión de su entrega al acto del presente ofrece desde la vidriera una encantadora certeza para el futuro.

En la mente he comenzado a rodar mi propia película. La primera escena consiste en mi irrupción en el café Ópera en una afrenta salvaje de la que solo se vale la portación de mi juventud. Por más que intento no sé qué sigue a esta escena. Quizás me perturba que mi intromisión violenta tan sólo indique el fin de todos los tiempos.

La música llega a mis oídos. La eternidad en un susurro. Marienbad en un sueño.

Entre la desorientación y el cansancio todo cobra sentido. Algún día volveremos al agua y éste será el sitio. **▲▲**

